

El miedo al negro (I)

María I. Faguaga Iglesias
 Historiadora y antropóloga
 La Habana, Cuba

El ser humano siempre habita el castillo de su piel.

George Lamming
Los placeres del exilio (1960)

Prefacio

Como buen caribeño habitando en absoluta libertad y complacencia en “el castillo de su piel”, sin dar tiempo para obrar al Diablo¹, el Dr. Juan F. Benemelis, investigador y ensayista, trabajó con paciencia y laboriosidad, con amor por el trabajo científico y por su país, para coronar su empeño con esta obra que luego nos obsequió con bondad infinita: *El miedo al negro: Antropología de la colonialidad* (The Ceiba Institute of Afro-Cuban Studies, 2010)

En las siguientes páginas se intenta reseñar una obra que merecería (como toda la obra de Benemelis) una secuencia crítica que supere sus esbozos y se adentre en sus complejidades, continuidades, discontinuidades y diálogos (consigo mismo, con otras obras y con otros autores). Esta reseña es muy *a grosso modo*, con paradas

en muy pocos aspectos de los relevantes (todos). Es un ejercicio de acrobacia intelectual cuyos saltos en el vacío carecen de mallas salvadoras.

Lamentable y empobrecedoramente la crítica seria y en profundidad, sin ataques ni virulencias, ha sido apenas trabajada en la Cuba de las más recientes décadas. Superados los 60 se impusieron y han prevalecido las siempre perjudiciales censura y autocensura. Introducir al policía a manera de *ship* en cada sujeto, enajenarnos en contra de los otros y de uno mismo ha sido más efectivo entre los mecanismos de dominación que instalarnos un jefe de policía en cada barrio.

Es otra (y por momentos similar) la realidad de este autor, que inicia su libro con un auto de fe e inmediatamente continúa situando el dedo dentro de la supurante llaga de un continente por rehacerse sociológica y estructuralmente, única manera de que fructifiquen sus hasta ahora malogrados intentos de rehacerse políticamente. “Pienso que la mayor injusticia del mundo moderno ha sido las arbitrariedades de género y de raza”. Así de categórico inaugura

Benemelis su texto y nos introduce en este conminándonos a recorrer con él por una lógica que en este siglo XXI debería sernos a todos insoslayable e irrefutable, la cual nos permitiría afirmar con el autor que: “las diferencias de sexo no menos que las diferencias de raza son construidas ideológicamente como ‘hechos’ biológicos significativos en la sociedad, naturalizando y legitimando las desigualdades sociales”. Ya vamos remontando la segunda década de una convulsa centuria mientras, abrazados y aferrados a lo peor de la modernidad, no todos alcanzan ni desean penetrar en esa lógica.

Acto seguido se nos torna explicativo. “El mundo moderno se conformó a partir del racismo, y por eso ha sido tan difícil al descendiente de esclavos africanos obtener la equidad. Por eso, no es posible abordar el tema del Estado y la nación, de la cultura y la sociedad en las Antillas, y en América en general sin incluir el racismo, la etnicidad, la jerarquización social, la no descolonización y el criollismo-nacionalista. Pero estos temas no son abordados en toda su plenitud en nuestro continente, pues ello entronizaría una reorganización política y social de sus estados y naciones”.

Abordarlos en sus complejidades y variabilidades de niveles es tarea que emprende este historiador. En tiempos de subalternidades emergentes: ¿podría alguien, con efectivos argumentos, discrepar de su aseveración? Si es siempre posible aunque no siempre creíble negar algunas ideas, en muchas ocasiones la discrepancia frente a lo innegable deja mal posicionado a quien la emprende, por lo general obediente a una lógica de intereses espurios. En el desarrollo de este texto vemos que es casi imposible la discrepancia sensata y bien fun-

damentada con muchas de las tesis (propias o retomadas y reelaboradas o aceptadas tal cual) ahí expuestas.

La colonialidad americana

La colonialidad es realidad que, aun queriéndolo, no podemos sustraernos los nacidos en países colonizados, tanto menos los nacidos en sociedades originalmente producidas por la voluntad colonial de las metrópolis europeas de entonces. En las Américas, colonialismo y modernidad, seguidas de colonialidad y modernidad, han sido realidades insolubles, inseparables y no pocas veces yuxtapuestas.

El colonialismo impuesto por las metrópolis a ese vasto espacio físico y etno-racial, está en el origen de la modernidad americana. La colonialidad nos sería impuesta por los blancos-criollos independentistas tras la primera independencia formal, forzando a sus connacionales aborígenes, negros y mestizos a la subalternidad, al arrinconamiento en las márgenes sociales, a la exclusión en sus propios países, afectando multidimensionalmente y hasta la actualidad el desarrollo espiritual y material de nuestras naciones. De esto y más nos deja saber el Dr. Benemelis en 500 páginas sin decaer en su ritmo ni dejar tiempo para el agobio del lector, que muy probablemente irá de un capítulo a otro hasta los 38 que suma, ávido de información y de las exégesis de un autor que no quiere dejar nada en el tintero de la temática racial, que a todas transversaliza y que contiene en sí cualquiera de las incontables realidades sociales. Una retahíla de capítulos que nos afirman en la tesis de que como naciones colonizadas y modernas nos hicieron nacer en este espacio continental, que en propiedad de etnogénesis ha sido rebautizado por científicos sociales como Indoafrohispanoamérica. Como los más preclaros pensadores actuales,

el autor deja claro que la estructura que de esa manera nos dio vida se ha ido reeditando tras las independencias, cuya utilización por la voluntariosa y dominadora casta supremacista de los independentistas blancos-criollos originaría nuestra colonialidad.

Benemelis destaca lo evidente que nos enfrascamos en olvidar y nos compulsan a hacerlo: “La imagen oficial de la identidad nacional fue (...) elaborada por las élites blancas y blanco-mestizas en torno a la noción de mestizaje, entendida como blanqueamiento, volviendo invisible su diversidad racial y étnica”. Así, colonialidad objetiva y subjetiva nos pesan en la construcción de nuestro pensamiento, limitando sus posibilidades de independencia, autoctonía y legitimidad. “Esta epistemología hegemónica universalista y neutral, tiene color y sexualidad. Por eso, la alienación del colonizado comienza por lo lingüístico, por mimetizar acento y lengua del colonizador, de convertirse, lingüísticamente, en un *quasi-blanco* rechazando incluso su ‘creolismo’”.

¿Discursa la academia cubana sobre colonialidad?

Mucho se ha discursado, polemizado y teorizado sobre el colonialismo y la colonialidad en las últimas seis décadas. En las Américas destacan ejemplos de científicos sociales que, con la validez de su trabajo teórico anclado en el estudio de nuestras peculiaridades continentales, se universalizan en el contexto de la academia internacional. Hay quienes, directa o indirectamente, se han posicionado con voz propia en la temática de la colonialidad: desde Aimée Cesaire y Frantz Fanon a la presente generación (como categoría que denuncia y articula confluencia de intereses sin que cuente en ello la diferencia

cronológica) del peruano Aníbal Quijano, el brasilero Bonaventura de Sousa Santos, el argentino-mexicano Enrique Dussel, el puertorriqueño Ramón Grosfoguel y otros.

Llama la atención que la intelectualidad cubana, salvo honrosas excepciones (como Walterio Carbonell y Antonio Benítez Rojo), prácticamente no dispense su atención al complejo fenómeno del colonialismo y de la colonialidad. Llama la atención porque es improbable alcanzar la verdadera soberanía nacional, la integración etno-racial, el reconocimiento y funcionamiento desde la diversidad y la justicia social sin deshacernos de la colonialidad como estructura social, psicológica e intelectual. Y es precisamente en ese nivel que mejor podría darse el aporte de la intelectualidad como sector social en la refundación incluyente de nuestra inconclusa y fragmentada nación.

En ese sentido *El miedo al negro: Antropología de la colonialidad* es creación estimable. Bastaría para documentarlo la certera, decisiva e imprescindible exposición que encontramos en sus páginas. Con capacidad de síntesis de ideas fundamentales, el autor remueve conciencias: “Cualquier intento de simplificar la evolución de la cultura afrocubana culminará con la reducción al esquematismo colonial-post-colonial. Es un diagnóstico que nunca ha recogido el hecho de la inconclusa descolonización de la isla, de su aún pendiente período post-colonial. La razón estriba en un punto irreconciliable: tras su independencia Cuba jamás asumió la tarea descolonizadora, pues ello hubiese implicado la revisión de la cultura colonial ibérica y la reivindicación total del negro. De ahí que nuestra cultura no dispone de una épica sobre José A. Aponte, Antonio Maceo o Quintín Banderas, y ha mostrado su abulia a los horrores de la esclavitud, a la reconcen-

tración “weileriana”, a la masacre racial de 1912, a la discriminación racial”.

Irrumpe entonces entre las honrosas excepciones de intelectual cubano, afro-cubano, comprometido con el tema, el Dr. Benemelis. Toda su obra, hasta sus estudios aparentemente más alejados de la temática, parece orientarnos hacia ésta. Trasponer las movedizas, difusas y turbias fronteras de la historia a la politología en la integralidad de sus análisis, ha sido natural para él, historiador con larga carrera diplomática. Nuestro complicado y atomizado Caribe, la complejidad y multiplicidad de África, la arrogancia de la vieja, decadente y ampulosa Europa, las similitudes y disimilitudes, rupturas y continuidades de la nueva América, de todo eso conoce por experiencia. Mucho de ello, sin presunciones, está en el libro. Quienes conocemos su trabajo y las cualidades del hombre que lo emprendió y llevó a feliz término, podemos vislumbrar mucho de biografía profesional, en tanto queda ahí parte de las experiencias ganadas en sus caminatas por el mundo, en sus contactos con profesionales de la talla de Frantz Fanon, Malcolm X y Walterio Carbonell.

Esta obra es panorámica: nada, del trabajo de la conceptualización al análisis de la postmodernidad, queda ajeno al tema de la racialidad en su expresión del racismo antinegro, algo que conoce su autor por experiencia profesional y de vida. En la organicidad del texto su título funciona como uno de esos ganchos por los cuales nos alegramos de habernos dejado atrapar. Esperando adentrarnos únicamente en el tema racial específicamente de la afrodescendencia cubana, hallamos mucho más. El tratamiento del tema etno-racial y del étnico, las complejidades en multiplicidad de niveles

y espacios en los que se produce, las maneras en que se ha venido abordando teórica, ideológica, antropológica y políticamente en los distintos escenarios geográficos hasta la actualidad ya serían suficiente, pero no queda ahí. Examina las interrelaciones del problema etno-racial en la disolución de los Estados nacionales marxistas del siglo XX, la presentación del marxismo como fuente nutricia del nacionalsocialismo fascista, el pensamiento de la afrodescendencia diaspórica y su temprana comprensión de que el marxismo no satisfacía las necesidades de esta población, el racismo marxista de los rusos soviéticos y de los chinos, las diferencias entre colonialismo y colonialidad, entre descolonización y postcolonialidad entre tanto más que, para nuestro grato asombro e intelectual satisfacción, supera con creces el título escogido por Benemelis.

En el extenso y enjundioso volumen tenemos un minucioso tratamiento del tópico etno-racial, tratamiento revelador del confuso entramado del racismo como sistema de dominación y de sujeción, de anquilosamiento en un perverso *estatus quo* que, como con nitidez destaca este ensayo, no expira en la institucionalización gubernamental del llamado “socialismo real”. Ningún otro ensayista en la historiografía cubana ha acometido tan panorámicamente y con tal prolijidad de interrelaciones esta temática. Las 500 páginas nos espollean a dialogar con sus tesis, argumentos y exégesis. En su generoso diapason temático, el autor dialoga con un extenso pronuario de autores, racistas y anti-racistas, del pretérito al presente, sin distingos de reconocimientos académicos ni de corrientes historiográficas. Junto a los que pudiéramos considerar “clásicos” de la teoría pseudocientífica racista como Gaubineau,

aparecen los nombres de tantos cubanos, que nada tienen que envidiar al francés.

Igualmente importante es que Benemelis permite a los negativamente implicados en el tema del racismo antinegro, a quienes lo padecen, expresarse por sí mismos, método poco frecuente entre historiadores. Activistas de la causa etno-racial, profesionales y ciudadanos comunes tienen espacio en sus páginas porque la voz de cada quien cuenta y debe hallar espacio en el análisis académico. Finalizada la ávida lectura, es posible tener una vasta comprensión del fenómeno en sus intrínquilos y una matriz teórica para esa comprensión y para la acción cívica o más estrictamente política. Tenemos un fundamento cognoscitivo auxiliador en la elaboración de un diseño táctico y estratégico que se proponga emprender el proceso de la real descolonización, emancipación y construcción de la nación cubana, para lo cual se ha partido de la exposición y análisis histórico del problema, así como de su profusión de sostenes y patrocinios desde sus orígenes y en su integralidad. Sin embargo, el texto no es sólo para cubanos y cubanas interesados en la materia. Su destinatario es toda persona que, en Afroamérica o más allá de sus costas, incurriere en las lides emancipatorias e incluso en aquellas cuyos sujetos y objetivos sean otros, pues la *epistemis* y las conclusiones explícitas e implícitas pueden funcionar como guías o referentes para otras víctimas de sistemas de dominación.

Así percibido, los destinatarios de esta monumental narrativa descriptiva, explicativa e interpretativa son los ciudadanos comunes, la intelectualidad (no siempre bien asentada en un tema de especial complejidad, que conlleva una carga dramática que apenas se le reconoce) y los políticos, inte-

resados reproductores y cínicos camuflados de una realidad tan palpable como sensible, tan traumática como traumatizante.

La incómoda ética profesional

La identificación de las negatividades debe principiar por las propias, individual y colectivamente. Eso lo aprehendió y pone en práctica Benemelis, que difiere de otros intelectuales en su país tan compenetrados con realidades lejanas o de las cuales no participa su nación, negando o descuidando las conflictividades nacionales. Que “el dolor por la falta de reconocimiento puede ser tan terrible como la explotación o la esclavitud” o “que buena parte de las reivindicaciones por el reconocimiento no son nada si no van acompañadas de políticas de redistribución”² no lo aprendió este afro-cubano en lejanas tierras, sino en la realidad de su vida y en la de su coterráneos.

Tampoco el multiculturalismo lo descubrió traspasando las fronteras de su Isla, sino en su entrañable y dilecta tierra santiaguera, su patria chica de adopción, crisol de culturas, espacio físico de esa caribeñidad de la cual emotivamente participa, en la cual ahora se identifican sus connacionales y de la cual deplora que los eurodescendientes cubanos hayan tenido la tendencia a dar la espalda. Desde luego, deplora “la paradoja antillana que no se piensa negra y que se comporta subjetivamente como blanca”. Con ética profesional el Dr. Benemelis lo mismo participa de la teorización de la temática que deconstruye: el sistema de dominación racializado antinegro, que actúa cívicamente en pro de la futura deconstrucción de ese sistema. Con ética profesional y cívica ha emprendido o con anterioridad la compilación con-

junta de ensayistas de varias generaciones que, residiendo en la Isla o en el exterior, abordan en su multiplicidad el tópico de la racialidad, y ha organizado o co-organizado talleres y conferencias con la participación de unos y otros.

Prosigue suscitándose la paradoja de que en su país, priorizándose las filiaciones políticas e incondicionalidades al proyecto político imperante y de atrofiada nación vigente sobre los compromisos intelectuales, la academia que se dice “cubana”, como hace con otros, le ignora como individuo y como profesional. aunque entre sus exponentes estén los que procuran dar clandestino seguimiento a la obra del colega forzosamente exiliado (acaso por eso libros enviados por el autor a colegas en la Isla se desvían de manos sin llegar a sus destinatarios). Y afortunadamente, fuera de la academia estamos quienes le hemos ido descubriendo y procuramos dar seguimiento con reconocimiento a su obra.

Identidad etno-racial e identidad en el intelectual afrocubano subalternizado: una posibilidad

Con las formulaciones del Dr. Benemelis nos damos cuenta de que estamos ante o sumergidos en otra racionalidad: la racionalidad del intelectual subalterno erigido en aguda, pertinente e inspiradora voz crítica desde la subalternidad etno-racial a la que conscientemente pertenece. No tiene que ser ese propósito preconcebido del autor, pero en posesión o no de consciencia de su protagonismo, la voz de Benemelis, sencillamente, es. Actúa en coherencia con su ética profesional y su experiencia de vida, sensata y congruentemente comprometidas entre sí y con los suyos, de los cuales no se auto excluye y respecto a los cuales

no se sitúa con aires de superioridad sino en cumplimiento responsable de su rol social.

Estamos en presencia de un militante etno-racial de la Negritud que asume, reafirma, exterioriza y despliega su militancia desde su rol profesional, sin la impertinencia mostrada por los intelectuales enfrascados en inútiles disimulos o en ilusorias neutralidades. Como antes hicieran otros afrocubanos (como Juan Gualberto Gómez y Walterio Carbonell), el ensayista se erige a su vez y naturalmente, en voz de la nación cubana posible y aún no construida; voz no de poder, sino de autoridad. Por eso su discurso no fuerza, dilucida; no impone, propone. Nos encamina por su propuesta narrativa, analítica, explicativa e interpretativa, con la avidez de quien ha transitado por búsquedas reveladoras cuya urgencia de conocimiento/reconocimiento le provocan y le atormenta que sigan permaneciendo a ocultas.

Lo rápidamente identificable es que se posiciona dentro de ese repertorio historiográfico que revisita la historia releyéndola, deconstruyéndola, reanalizándola, escrutando y adentrándose en sus opacidades y ocultamientos, complementándola con otros saberes, para revelárnosla con otros resultados, inevitablemente críticos de los sistemas de dominación instituidos por los detentadores de los poderes, resultados que son también críticos de los cómplices de los detentadores de los poderes.

Identidad negra: categoría política, económica, cívica, cultural, social

La polisemia del tema transita en esta obra por interrogantes y respuestas que nos ofrece el propio autor. Con todo, la potente madeja de observaciones golpea y estimula nuestras adormiladas mentes para forzarlas a trabajar, buscar, pensar, a interrogar e in-

terrogarnos y procurar respuestas en un texto que ampliamente documentado nos incita a la reflexión y a la activa participación más que a la aceptación. He ahí uno de sus muchos valores.

¿Qué es ser negro? Interroga y dice que no hay forma de saberlo, pero señala los rasgos fisonómicos por los cuales la subjetividad prosigue identificando a la persona negra. Y, ya sabemos, es de las subjetividades que van emergiendo e imponiéndose muchas normas de convivencia. Benemelis, como otros estudiosos, adopta su propia interpretación de lo que significa ser negro americano, situándose para su explicación en una peculiaridad de este sujeto social subalternizado que transita por la dinámica de la subjetividad, conscientizada o no, y desde la transnacionalidad afro: “El descendiente de africano en el continente americano —subraya—, no importa su gradación de mezcla, tiene un sentido de ser ‘persona’ con raíces históricas y destinos ajenos al tiempo y el espacio de la nación que los acoge. Es la condición existencial que el afroamericano DuBois caracteriza como ‘doble conciencia’ en referencia al ‘negro americano’, de lidiar con una subjetividad escindida (americana y africana) y de negación de la ciudadanía sustantiva por parte de las naciones-Estado debido a ser vistos y clasificados como problema por un régimen racista dominante, debe extenderse a toda Afro-América”.

Es tan interesante la colocación del autor en su explicación como la conceptualización de Du Bois de la cual se sirve. Han ignorado o les han concedido escaso valor los estudiosos cubanos a las ideas de uno de los precursores afroestadounidenses, afroamericanos, sobre el tema de la afroamericanidad y de las relaciones interraciales. El historiador reseñado no olvida que hay una construcción política de trascendencia cultural, siempre histórica-

mente contextualizada, de las clasificaciones raciales: “El ‘negro es producto de un largo y complejo proceso de decantación de ideas en el siglo xix, en torno a la naturaleza de la nación a construir, y de las imágenes que las expresarían”.

El autor enfrenta un pormenorizado balance por el racismo, desde sus orígenes hasta sus más variadas expresiones. Como en textos que escribiera con anterioridad, hermana con otros autores especificando que la lejana esclavitud, en otros contextos históricos, culturales, geográficos y políticos, no tuvo identificación racial, sino expreso contenido económico. La racialización de este fenómeno la impondría la trata esclavista y el sistema de esclavitud implantado por las metrópolis europeas en las Américas, escenario de realización de sus imperios que serían de construcción históricamente tardía; en esa acometida les aventajaban árabes, asiáticos y africanos negros. Ese sería conocimiento que se empeñarían en ignorar y arrinconar los paladines intelectuales (de distinto signo de ideología política) de la mitificación de la historia occidental. Es lo que invariablemente ocurre con el trabajo de la intelectualidad que articula su organicidad al servicio de los poderes. También emulando sus anteriores textos, Benemelis precisa que no puede existir racismo a menos que sea política, manifiesta o no, de Estado: “El racismo es un fenómeno social de exclusión, que no puede describirse sin la intervención directa o indirecta del Estado”.

En el caso cubano, entre otros elementos, nos recuerda que “el Estado interviene institucionalizando ciertos discursos y prácticas de exclusión y no sancionando otras prácticas que adquieren su propia dinámica en campos de relaciones específicos, y contribuyen así, directa o indirectamente a la reproducción de distintas formas de racismo y, en casos ‘lí-

mite', desplegando su poder para prescindir del 'otro'. La educación mantiene la proyección mono-cultural y aún no han sustituido los libros de texto que representan al africano marginado del desarrollo económico y la cultura".

Verdad de perogrullo: el cristianismo jerarquizado impuesto es racista y etnicista

No obstante el título del libro reseñado, el autor no se centra exclusivamente en el racismo antinegro. No vale ese calificativo minimizador y acusador del que suele echarse mano con ánimo de demeritar. Se trata del encasillamiento en el tan llevado y traído "esencialismo" o "racismo al revés". Algo que sería muy forzado pretender encontrar en esta obra de Benemelis. Volviendo sobre el etnocentrismo blanco tenemos amplias referencias recordatorias de un hecho que habitualmente pasamos por alto: no se prescindió de la jerarquización por orígenes y pertenencias culturales, si bien no llegó a los extremos de pretender esclavizar, lo cual tampoco necesitaba.

El libro está plagado de verdades incómodas para los poderes, cuyos protagonistas y secuaces pudieran considerarlas ofensivas: "El racismo es una proyección discursiva de la estructura económica moderna, patriarcal y monoteísta, que instrumentaliza a grupos humanos a partir de supuestos principios genealógicos y de una aparente hegemonía de universalismo". Esa es verdad de Perogrullo que no gustan de escuchar sus ejecutores. Empero, es revelador de la dirección de los compromisos de quienes emprendan la complicada tarea de negar algo sustancialmente constatable: que el racismo antinegro de la estructura de poder político coincide

prácticamente en toda Afroamérica con la misma práctica en las iglesias cristianas, convencidas de su "superioridad" cultural. Y eso, no obstante a que "entre los desastres del monoteísmo se halla la noción de raza o nación elegida". Con ese vacuo razonamiento, las denominaciones cristianas, lo mismo que los protagonistas del poder cultural, han procurado descalificar a las afrorreligiones, negándoles el carácter mismo de religiones, calificándolas las primeras de "demoníacas" y los segundos de "expresiones de religiosidad popular" para encerrarlas unas y otros en una reductora expresión del término "folclor". Así, teólogos oficiales cristianos y las jerarquías de sus iglesias descalifican el cristianismo arraigado o "inculturado" en matrices culturales afro y aborígenes.

A fin de cuentas, la "combinación de fe religiosa y ansias de poder y fortuna" reinante en la península española, combinación con la cual emprendieran la lucha por la reconquista contra los moros, llegaría a América en las embarcaciones del almirante Cristóbal Colón y aquí nos la consignarían, en mescolanza con el racismo, como soporte de las relaciones de poder. No debe descuidarse en el análisis el objetivo de las élites de poder en Indoafrohispanoamérica. Todo estaría concertado para el mantenimiento y prolongación en su grupo del poder. Si los negros y su africanía significaban un problema para la estabilidad de unas naciones diseñadas desde arriba por los supremacistas, sin importarles la autenticidad y legitimidad de los procesos de creaciones y recreaciones nacionales desde las bases sociales, entonces "el discurso político y la práctica del poder pretendían acelerar el proceso de 'desafricanización', induciendo la negociación de sus identidades, inicialmente con la castellanización, el catolicismo, la proletarianización y la reducción a la folclorización".

Racismo y castrosocialismo: el miedo sostén del status quo

Lo que queda claro es que, creado ese constructo, “en cualquier entramado social en que esté presente el racismo como forma de discriminación y exclusión de ‘otros’ aparece un común denominador: el miedo, lo que inculca una altísima dosis de susceptibilidad primitiva que los hace colocarse a la defensiva, interpretando como agresiva cualquier conducta. La condena aparece en cualquier momento y lugar, sólo hace falta que los condenados pertenezcan a una minoría detestable para que comience la discriminación; siempre ha de existir una sola culpa, la de ser ‘diferentes’. El nuevo racismo pone de realce las diferencias culturales entre grupos étnicos utilizando la idea de que las mismas, entre pueblos europeos y no europeos hacen imposible el convivir en la misma sociedad”. Es lo que ha sucedido en las Américas desde la época de sus revoluciones nacionales, de las primeras a las tardías.

Como señala Benemelis, de Bolívar a los barbudos revolucionarios castristas o los latinoamericanos guerrilleros aupados por estos, ninguno incorporó a las poblaciones afroamericanas en los proyectos nacionales más que como apéndices. El protagonismo y la centralidad, hasta hoy, se piensa y corresponde monopólicamente a los iberodescendientes, a los herederos de los colonizadores y esclavistas. Todo intento de la población afroamericana de compartir ese poder, ha sido visto, presentado y manipulado como “racismo a la inversa”, “auto-segregación” y, más recientemente, como “divisionismo” y “esencialismo”.

El aporte del castrosocialismo, esa modalidad del “marxismo de Indias”, sería la inventiva justificadora del *estatus quo* racializado, calificando la necesidad y las ansias de compartir el poder por parte de los afrodescendientes

cubanos de “deseo de protagonismo” o “diversionismo ideológico”, y declarando a estos sujetos como “agentes enemigos” o “confundidos”. Ese ha sido el aporte copiado por los latinoamericanos “marxistas del siglo XXI” e igualmente por la nueva derecha populista. Ya superan las dos décadas las preocupaciones presentes en la confluencia generacional de cubanas y cubanos, artistas e intelectuales fundamentalmente que, en la Isla y en el exterior, se afanan en pensar y re-pensar a Cuba. Para lo cual es imprescindible no contentarnos con la historia que nos han dado como “nacional”, que sabemos adulterada, viciada, fantaseada y llena de zonas de silencio.

Es interesante que cubanos y cubanas de diferentes generaciones cronológicas, sentidos de vida, adhesiones políticas y pertenencias microculturales, así como de formaciones teóricas diferenciadas, coincidan esencialmente en una idea que incluso ha quedado gráficamente recogida como resultado de una encuesta: “Así como hay que proyectar el futuro, también hay que atender el pasado”³. El profesor Juan F. Benemelis desde su obra toda, especialmente desde las 500 páginas de *El miedo al negro: Antropología de la colonialidad*, no recuerda que “aquí nadie sabe el pasado que le espera”⁴.

Notas:

- 1- “El ser humano siempre habita el castillo de su piel. Si el castillo está desierto, sabemos que el Diablo ha estado trabajando” (Flaming, George. *Los placeres del exilio*. La Habana: Casa de las Américas, 2010: 178).
- 2- Castilla Vallejo, José Luis. “El multiculturalismo y la trampa de la cultura”, en Dacal Díaz, Ariel (coordinador). *Movimientos sociales. Sujetos, articulaciones y resistencias*. La Habana: Casa Editorial Ruth, 2010: 25.
- 3- Respuesta del joven periodista y profesor Daniel Salas: “Pensar y crear desde la Revolución,” [Encuesta] en *Dédalo* [Asociación Hermanos Saiz] 11 (septiembre 2009): 11.
- 4- *Ibidem*.